

profesional, nuestra orfandad económica, nuestro característico acafealismo, hacen enormemente difícil encargarse de una cátedra vacante por mucho entusiasmo y filosofía que se eche en ello. Pues bien, desde lejos y desde la cuneta universitaria donde me arrojaron silencios ministeriales que no hacen al caso, estaba ahora precisamente esta interina a punto de dar por bien gastadas unas energías que habían colaborado a consolidar en Tenerife la Filosofía. Por fin, una cabeza brillante y escalfonada —coincidencia feliz, pero no tan frecuente como cabría esperar— estaba llevando a efecto lo que ningún profesor «de recambio» se hubiera atrevido a soñar. Los universitarios de La Laguna iban a participar en un Congreso de nivel internacional que les abriría horizontes, que les compensaría su inevitable geográfico aislamiento.

¿Qué puede aportar un Congreso de Filosofía en el incremento de lo viejo? Evidentemente nada, y sobre todo si, para colmo, el tal Congreso se intitula «Convivencias de filósofos jóvenes». Verdaderamente, hasta se ha rechazado el susto de algún inoportuno «streakings», cuando, por desgracia, en eso justamente están empeñadas desde antiguo las turistas mal educadas, las extranjeras, esas contestarias de lo español. Bueno, a ver si todo sigue como es debido en Tenerife. ■ **MARIA JOSEFA CORDERO.**

«Introducción al urbanismo colonial hispanoamericano»

Bajo este título, y previa una breve presentación de Antonio Fernández Alba, empieza Fullaondo un interesante ensayo sobre un tema que hoy está comenzando a

ser motivo de profunda revisión en la historiografía arquitectónica y urbanística.

Actualmente, la temática de que se dispone en los estudios que se hagan sobre el urbanismo colonial hispanoamericano es lo suficientemente jugosa como para que grupos de investigación —a veces acertados, otras no— se preocupen con intensidad del tema que ahora nos ocupa. Fullaondo lo ha hecho de un modo «individual»; y lo adjetivamos así, porque en esa individualidad se encuentran las virtudes y posibles defectos de este trabajo. Me explico.

Virtudes: creo que muchas. La valentía con que en un tono de crítica constante se enfrenta con los tratadistas tradicionales. La indiferencia al «miedo» de que tradicionalmente se han hecho eco las historiografías conformistas, ya sean académicas o no. El acierto, fundamental en el desarrollo del libro, al contraponer al enjundioso romanticismo de la tratadística tradicional, el desarrollo del proceso dialéctico de Segre y Salinas. (Aunque creemos que, en este punto, el texto queda algo corto.) Con todo ello cumple Fullaondo un primer compromiso con la historiografía arquitectónica y urbanística española.

Los puntos tratados son los suficientes como para que con evidentes esfuerzos por parte del autor configuren un todo coherente que informe del tema que tratamos. ¿Y de qué informa? Desde la crítica al «nacionalismo ideológico», a la exposición del nivel arquitectónico. Desde el tratamiento del problema del mestizo a la interesante aclaración de los asuntos de la propiedad (Hacienda y Latifundio). Se sigue con el tema de la «Encomienda», la crítica al simpli-

cismo pedagógico de los esquemas históricos de Lozoya sobre Hispanoamérica, las tesis de Toynbee y Spengler, que todo en su conjunto harán explicar al autor al final del tercer capítulo el hecho de que «la aventura española en América no es que no sea una colonización, es que constituye el antecedente histórico obligado del sistema colonial internacional, del conjunto militar que Spengler —y tantos otros— han localizado en el desarrollo de la experiencia anglosajona».

Sigue Fullaondo sus exposiciones en el cuarto capítulo, que trata sobre «las nuevas ciudades y la legislación». En él se estudia desde los problemas del asentamiento y el tema de los trazados y regularidad urbana, al carácter y la impronta desarrollada por el colonialismo español en América. Se aclara la evidente relación de la ciudad colonial hispanoamericana con las que en aquellos momentos se vivían y desarrollaban en la lejana Europa. Pero hay unos puntos propios que la diferencian de la del viejo continente.

«Regularidad» existe, y queda muy bien estudiada por Fullaondo en el texto. Es una regularidad nunca constreñida por fortificaciones y amurallamientos iniciales, por lo menos en sus primeros tiempos. Y es esta carencia inicial de perímetros permanentes la que permite la implantación del damero urbano que «puede expandirse indefinidamente, prolongando en la dirección deseada las calles rectilíneas».

Vemos claro entonces el concepto de la ciudad americana como «organismo en continuo crecimiento, cuyo desarrollo ulterior no es posible prever al comienzo».

Aquí es importante mencionar el agudo sen-



Daniel Fullaondo.

tido con que se explica el fenómeno del «paralelismo norteamericano», a través de la visión de Mumford, y de la exposición que se hace de las colonias puritanas anglosajonas. En tono de profunda crítica a estas parciales visiones de la tratadística inglesa, el autor aclara que «el sistema colonial anglosajón no es sino el desarrollo apoteósico del prolegómeno constituido por la mecánica colonial hispánica...». ¿Será paternalismo historiográfico o clarividencia histórica el motivo de este corolario?

Es en el quinto y último capítulo donde se desarrollan los temas de mayor interés arquitectónico y urbanístico. Siendo el tema de base «el diseño de las ciudades», en él Fullaondo expone un contenido fundamental para una nueva comprensión del Urbanismo Colonial Hispanoamericano.

La clasificación de las tres etapas del desarrollo de la vivienda, desde una primera época de primitivismo y afirmación (siglo XVI) hasta el último periodo del barroco hispanoamericano, constatado en la «determinación económica de una clase dominante en expansión», pasando por una etapa intermedia, que el autor denomina «formativa», y en la que expone un doble nivel de lectura del desarrollo de los tejidos urbanos más tí-

pícos y la clara configuración de la vivienda a través de los diversos niveles socioeconómicos que la motivan.

En estas partes del texto es donde mejor se hace explícita la interpretación dialéctica que antes mencionábamos.

Creemos de especial interés la intensidad con que se tratan los capítulos de las «fortificaciones» y la «ciudad ideal» en Hispanoamérica. La conexión que se hace de estos temas con la cultura urbana latina de la época, junto con la alusión al mayor liberalismo de la colonización portuguesa, vitalizan un punto de enorme atención en la historia de que hablamos.

Sin embargo, queda inconexo con lo atrás desarrollado el apartado dedicado al proceso cartográfico; parece resultado más de la erudición que de la simple cultura con que se adorna lo anterior del texto.

Son, pues, muchos los puntos tratados y diferentes los tonos en que se escuchan. El acierto básico creemos que se halla en los diferentes niveles de interpretación empleados por Fullaondo; ello le permite tanto el desarrollo de una crítica a la anticuada verborrea académica como un hábil instalarse en las filas dialécticas de los tratadistas cubanos. Mas aun así todo, y que nos perdone el autor y con él sus coetáneos, se escuchan

ecos lejanos de controversias generacionales, que nada favorecen la exposición del libro, sino la enturbian.

Aun con todo, creemos que el autor contrae un repentino compromiso en el campo de la historiografía moderna española; compromiso que quisiéramos hacer patente desde la cordedad de estas bien intencionadas aunque «criticadas» líneas.

Ciento treinta y dos páginas son poco espacio para lo que creemos que el autor de esta breve introducción puede lograr con el tema hispanoamericano. Excelente es la bibliografía al término del libro, como para obligarnos a pensar que una paciente y delicada tarea por parte de Fullaondo habría de redundar en un importante trabajo, el cual rellenaría el dramático y silencioso vacío que desgraciadamente observamos en historiografía española sobre Hispanoamérica.

De hacer esto, habría de tener en cuenta por parte del autor la profunda relación existente en cada momento entre la ideología que profesa la arquitectura que se hace y los tonos que se desprenden de la historiografía que se escribe. Relación que esperamos que en lo posible se aprecie lo que vale, pues si no se caería en el error en el que caen los de siempre: los tratadistas «tradicionales». ■ **F. J. CLIMENT ORTIZ.**

Ediciones Alaguara.



En busca de Lou Reed

La relación de Lou Reed con su público ha